

SOBRE EL MOTIVO

Jarol Andrés Cruz García²⁵

Era un misterioso acontecimiento, nadie sabía el porqué, sólo se daban cuenta cuando andando desprevenidamente por la calle de repente se hallaban en medio de una caravana de sollozos, pañuelos y rosas, adornado la caminata del los pesados ataúdes que siempre aparecían a cualquier hora del día.

Los sepultureros de aquel lugar trabajaban a doble jornada, debido a la cantidad de almas que renunciaban tempranamente y sin querer a continuar disfrutando del milagro de la vida; las personas casi se habían acostumbrado a estos constantes pesares por lo que mantenían entre sus atuendos siempre una prenda de color negro para estar acorde a la siempre fortuita ocasión.

Ocurría que cuando llegaban a la edad de empezar a envejecer no envejecían sino que de repente volaban al otro mundo, como decía un viejo gurú apostado a la entrada del cementerio con fines que gracias a dios nadie sabía. El siempre llevaba consigo una libreta anotando la hora y fecha junto con el nombre del fallecido creyendo que entre rezos, sumas, restas, lunas y amargas hierbas, aparecería el misterio revelado o por lo menos alguna pista que lo llevara a reorientar sus prácticas ocultas.

Cada casa, según el cura de la catedral, tenía la obligación de mantener siquiera un ataúd por cada familia porque, como decía después de dada misa de sepultura... uno nunca sabe. Rezaban y rezaban, pues todos se habían vuelto muy creyentes, hasta llegaron al punto de realizar misas en cada hogar dirigida por el hombre de la casa, preferiblemente joven, sin embargo nada ocurría, por más que hablaban con dios él no les respondían. Algunos decían que una maldición ancestral rondaba como el viento, colándose por las ventanas de quienes empezaban a ser viejos, quitándoles el aliento.



DE SU VISITA



La escasez de formol seguía y los árboles se apenaban del poco verde que en sus zonas últimamente se dibujaba. La solución, pensaron unos, es estar del lado del diablo pues dios se ha olvidado de nuestra desgracia. En menos de que muriera el joven gallo y alcanzase a entonar la melodía ronca del final de la tarde, fueron como manada de ovejas buscando refugio de su terror carnívoro al lugar donde tan comúnmente se le veía, mirando siempre hacia el suelo, semejando un diálogo entre lo de abajo y sus oscuros pensamientos. Su mirada no se había fijado en otra persona viva desde que se resolvió a descubrir este gran misterio. De botas negras, con puntas curvadas hacia arriba hechas por el tedioso caminar aunque nadie, repito, lo había visto moverse de aquel sitio mortuorio. Su voz era capaz de llamar la atención hasta de los sordos y de enmudecer al que osara interrumpirlo. Pocos habían tenido la sorpresa de mirarle de frente a los ojos y, él que lo hacía, sea por lo que fuere, veía tantas cosas que, cuando se proponían contar a sus familias semejantes escenas, inevitablemente empezaban a cantar una canción de cuna que terminaba por adormecer a los presentes permitiéndole enseguida hablar de lo sucedido sin que nadie lo atendiese.

Todos le temían y respetaban, otros tantos lo habían consultado secretamente para pequeños trabajos como el constantemente los refería. Estando reunidos ante su insondable presencia el precoz alcalde, antes secretario, con voz de dolor viejo le preguntó si sabía cuál era la razón que precedía a las caravanas perennes y lágrimas dulces de los terribles momentos del llamamiento. Su silencio se prolongó como la atención de los oídos en los ojos de aquellos desventurados. Las primeras y únicas palabras que dijo fueron: "eso mismo me gustaría saber". Absolutamente nadie alcanzaba dar crédito a semejante afirmación de la única persona en quien habían cifrado su más grande esperanza.

Unos se devolvieron a esperar su momento en medio de un último sueño, otros decidieron aguardar despiertos

para enfrentarla, escopeta en mano y temibles perros desatados. Las horas pasaron tan lentas como si el tictac del gigantesco reloj de la catedral marcara un día por cada segundo que seguía. Las viudas continuaban llorando junto a las demás que estaban pariendo nuevos muertos. Pareciera como si ya no hubiese tiempo en las cabezas de aquellos días y pensaron en la idea de dejar de dormir hasta que un día lo lograron: dejaron de dormir. Descubrieron que se les hacía un poco más extensa la espera por lo que inevitablemente venía, hasta que un día se convirtió en único lugar de la tierra donde la gente no dormía. Los casinos, cantinas y burdeles se hicieron sitios muy apetecidos por todo local y forastero debido a las edades de quienes atendían semejantes antros.

Al poco tiempo la fama que andaba en boca de los que recordaban lejos sus andanzas llegaron a oídos de la muerte, quien no lograba comprender cómo hacían sus gentes para alcanzar a vivir más tiempo del que él había dispuesto hacía ya otro tanto. Terminó su trago de vino tinto amargo que siempre lo acompañaba en el casino hondo de la esquina aquel, el cual asiduamente frecuentaba para apostar en la ruleta su malograda fortuna. Ropas blancas como la nieve, contrastaban con su piel de arena color ladrillo, semejante a un ocioso ejecutivo de finos olores y exquisito estilo.

No tuvieron que pasar muchas noches para que aquel distinguido personaje se sentara en la ruleta a apostar lo que tenía. Los meseros le servían su trago color madera mojada, las luces de colores refulgentes sabotearan cualquier intento de alguien por saber quién era y qué quería además de apostar como cientos lo hacían. Siete noches seguidas en el mismo sitio, pidiendo el mismo trago y jugando con los números de esa rueda, como tenía por costumbre, hicieron que algunos notaran tenuemente su familiar presencia en aquel espacio.

En las casas, de forma curiosamente extraña, se comenzaba a nombrar la presencia de este hombre en las tardes de café azucarado, distinguiéndose sus particulares circunstancias. Pasando otros siete días, el mesero, que desde hace algunos días la peculiar bebida siempre le servía, con una falsa espontaneidad le preguntó de dónde era y a qué venía a parte de estarse en el casino jugando su fortuna. Él le respondió serena y hondamente que venía en busca de alientos que lo mantuviesen perpetuamente con vida. Al otro día todos comprendieron el motivo de su visita.

